

Apuntes sobre la metafísica

INTRODUCCIÓN

Los interrogantes sobre la posibilidad, autenticidad y certeza en torno a la metafísica han discurrido a través del tiempo. Kant admitía, por ejemplo, que es propio de la naturaleza de la razón humana tender hacia una *metaphysica naturalis*, es decir, de una extensión del pensamiento sobre cuestiones que sobrepasan los límites de la comprobación empírica. Sin embargo, Kant advierte certeza y universalidad en relación con la metafísica; así, con base en el método de ciencias como la lógica, la matemática y la física, el autor se pregunta: ¿es posible la metafísica como ciencia?

Por otra parte, Heidegger señala que en tanto comprendamos que la metafísica tiene su razón de ser a partir del ser del hombre y, por tanto, todo preguntar metafísico es ya un adentrarse a nuestro territorio, entonces podremos advertir que la metafísica es la raíz de la ciencia y no un agregado más, que para penetrar en ella es preciso un solo paso: el preguntar, actividad incesante por la cual uno y el ente se pierden para develar, poner, manifestar y, de esta forma, recuperarse, recuperarnos.

Problematizar la nada, es problematizar el ser. Ni la metafísica antigua ni el cristianismo —denuncia Heidegger— han tenido en cuenta esta

pregunta; antes bien la rechazan, la olvidan. Vayamos pues a este interrogante, veamos sus implicaciones, sus consecuencias y su respuesta.

LA CIENCIA DEL ENTE

Te encontrarás al hombre que todo lo sabe, el hombre repugnante que nada ignora, que siempre tiene una respuesta pronta, la palabra madura en la rama de los labios, el hombre que ha estudiado las entrañas de la flor, que conoce el pasado, el presente y el futuro y la genealogía de cada ola. A pesar de todo, el Misterio se presentará vestido con sus trajes de lujo.

VICENTE HUIDOBRO, *Altazor*.

Para donde miramos nada es sospechoso, todo tiene nombre, aun las cosas imaginadas, las que ya no existen, las desconocidas, en fin, damos orden y figura al universo. ¿Qué sucede mientras hablamos, mientras no hablamos? Nuestro campo visual advierte nombres antes que cosas, y cuando no queda voz aun somos lenguaje, guiños y ademanes nos descubren.

Heidegger rechaza al hombre de ciencia porque en él no hay sino conceptos, sujetos cognoscentes y objetos cognoscibles. El cauce donde ha desembocado la ciencia está fincado en la divinización del ente, la técnica y el lenguaje práctico; hemos perdido la capacidad y magia del asombro para navegar en la dispersión, pues en el camino nos hemos separado de la raíz, a saber, de la metafísica:

Si queremos captar de una manera explícita la existencia científica, tal como la hemos esclarecido, tendremos que decir: Aquello a que se endereza esa referencia al mundo es *al ente mismo* —y de nada más. Aquello de que toda actitud recibe su dirección es *del ente mismo* —y en nada más. Aquello en lo cual irrumpe la investigación para dilucidarlo es *en el ente mismo* —y en nada más. (Heidegger, 1997: 9)



La manera como la ciencia da cuenta y referencia del mundo está minada por el ente y, en consecuencia, la realidad que pretendemos conocer, su esencia y sus modos los poseemos tan sólo en *idea*, es decir, vivimos en el ocultamiento, en el imaginario, y puesto que la ciencia no brota sola, tiene su origen en el hombre y su actitud la alimenta.

Las explicaciones y los fundamentos en los cuales descansa la ciencia no son sino afirmaciones; por lo demás, hay omisión. ¿Qué es lo demás?

¿QUÉ ES LA METAFÍSICA?

Tenemos dos características esenciales: la metafísica no tiene otro acceso que el interrogar, para interrogar es preciso el asombro y al asombrarnos no sólo

vemos, también intuimos y, evidentemente, si se interroga, es porque alguien interroga:

En primer lugar, toda pregunta metafísica abarca íntegro el problematismo de la metafísica. Es siempre el *todo* de la metafísica. En segundo lugar, ninguna pregunta metafísica puede ser formulada sin que el interrogador, en cuanto tal, se encuentre dentro de ella, es decir, sin que vaya *el mismo envuelto en ella*. (Heidegger, 1997: 5)

A partir de estas cualidades, podemos percatarnos de la condición humana: somos entes, somos finitos, lo cual, lejos de ser una condena, nos da la posibilidad de poseer una referencia al mundo, una actitud y, por consiguiente, la capacidad de irrumpir en nuestro entorno óptico: preguntar. Todo preguntar es *poner en conflicto*. Si se cree que nuestra existencia está determinada por el conocimiento científico y a su vez éste no es más que afirmación, problematizar la ciencia —*lo que es*—, es problematizar la negación —*lo que no es*—. ¿Y por cuál motivo algo no puede ser? ¿Hay un ser completo y un no ser completo? Y si el no ser es completo, ¿es o no es?

Cuando afirmamos algo, tal afirmación es a partir de lo que no es y viceversa; a Heidegger no le importa esta afirmación, pero sí aquello que posibilita la negación, esto es, la *nada*. Proponer la nada como correlato del ser, quitarle a la lógica el carácter meramente formal de la negación, problematizar lo evidente significa: *¿Por qué el ser y no la nada?*

Preguntemos por la nada y entendamos su silencio, sólo así podremos completar la labor de una metafísica cuyo horizonte se despliega en la *transinterrogación*, allende a todo ente para reconquistarlo una vez perdido en lo profundo del anonadamiento, momento oscuro no ajeno a la existencia, en tanto el preguntar es ya el transcurrir de la vida, de *mi* vida; preguntar por la nada es estrujarme:

La existencia humana no puede habérselas con el ente si no es sosteniéndose dentro de la nada. El ir más allá del ente es algo que *acaece en la esencia misma de la existencia*. Este trascender es, precisamente *la metafísica*; lo que hace que la metafísica pertenezca a la “naturaleza del hombre”. No es una disciplina filosófica especial ni un campo de divagaciones: es el *acontecimiento radical* en la existencia misma y como tal *existencia*. (Heidegger, 1997: 47)

Tanto el hombre como la ciencia existen en virtud de la metafísica porque nacemos en ella y al sumergirnos adviene la extrañeza del mundo, del ente, de mí mismo. La trascendencia metafísica no va dirigida a ningún ente ideal, no va más allá de la experiencia en sentido kantiano; antes bien, esta trascendencia representa la apertura al advenimiento de la nada y por tanto del ser, se trata de la trascendencia de una actitud según una referencia al mundo y su irrupción en ésta; esto es, la intervención del ente en cuanto ente —el hombre— en medio del ente en total y no de la totalidad del ente.



¿POR QUÉ EL SER Y NO LA NADA?

Después nada nada
rumor aliento de frase sin palabra.
VICENTE HUIDOBRO, *Altazor*.

¿Por qué nos complica hablar de la nada? Lógicamente es imposible, el resultado es un contrasentido; no obstante, Heidegger nos invita a no ceder, a no darnos por vencidos en el ejercicio de interrogar y limitar al entendimiento formal la aparente incompreensión de la nada. Como cuestión principal de la metafísica, intentar revelar la nadería de la nada —puesto que no es, no puede ser lógicamente— no es arbitrario: “en la era de la noche del mundo hay que experimentar y soportar el abismo del mundo. Pero para eso es necesario que algunos alcancen dicho abismo.” (Heidegger, 1998: 200).

A lo largo del discurso, el autor de *Ser y Tiempo* nos revela los principales puntos que se desprenden una vez puesto en cuestión el ser, o sea, la afirmación de nuestro conocer:

a) *¿La nada es o no es?* Si una manifestación de la nada es la negación, si la nada es, no puede no ser, por lo tanto es. Por donde veamos, hay ya un primer problema: la imposibilidad de plantear la pregunta y, por si fuera poco, ¿cómo pretendemos pensar algo que no es, si todo pensamiento es pensamiento de algo? ¿No es esto ir en contra de la naturaleza del entendimiento? *La nada se revela como el mismo interrogar*, de ahí su importancia puesto que si es su propiedad no ser, ni el entendimiento, ni la lógica habrá de darnos una respuesta; esto no es, no obstante, un impedimento para preguntar por ella.

b) *La angustia hace patente la nada*. Los sentimientos de los que se desprende la actitud a través de la cual nos referimos al mundo no es un decorado; más que adición es el modo de existir. Tanto el aburrimiento de lo cotidiano como la alegría son producto de nuestra convivencia como ente en medio de los entes, por lo que seguimos en su afirmación. Siguiendo la temática, Heidegger pregunta: “¿Hay en la existencia del hombre un temple de ánimo tal que le coloque inmediatamente ante la nada misma? Se trata de un acontecimiento posible y, si bien raramente, real, por algunos momentos, en ese temple de ánimo radical que es *la angustia*.” (Heidegger, 1997: 23).

Y aquí angustia no es equivalente a miedo; la angustia se presenta como la imposibilidad de ser determinados y no tan sólo la posible ausencia de determinación. La angustia es, paradójicamente, el alejarnos volviendo a nosotros mismos.

c) *El anonadamiento*. No podemos comprender la nadería de la nada, su anonadamiento, sino como suspenso, espasmo que brota de la extrañeza del ente, del mundo, de mí... entonces se presenta la nada, no podemos aprehenderla, pero sabemos de su permanencia aunque sea por unos instantes, los suficientes para quedar *desazonados* —dice el autor—. Ya no soy yo quien interroga, ya no es el ente al que interroga: hay nada.

d) *La nada no es negación, sino origen de la negación*. La nada no sólo implica no ser, porque para poder decir “no”, “no hay”, “no es”, algo tiene que darnos esa posibilidad: mi mano no es el libro, el libro no es mi mano; sin embargo, *ambos son*, ¿qué es pues, la nada? “En la angustia no ocurre un *aniquilamiento* de todo el ente en sí mismo, pero *tampoco* llevamos a cabo una *negación* del ente en total para así obtener la nada.” (Heidegger, 1997: 29). La nada no es un reducto, como tampoco un antagonista del ser.

e) *En la nada adviene el ser*. Para llegar a la negación del ente, es necesario que antes se nos haya manifestado. Ahora bien, es imposible que la nada se nos presente como un ente,

más bien el asecho y presencia de la angustia nos provoca desconocimiento, retroceso ante todo cuanto antes osábamos afirmar; es entonces cuando sucede... estando anonadados en la nada se nos aparece eso *otro* que, *si no es nada, entonces es*. De esta manera la nada nos presenta el mundo:

La nada es la posibilitación de la patencia del ente, como tal ente, para la existencia humana.

La nada no nos proporciona el contraconcepto del *ente*, sino que pertenece originariamente a la esencia del *ser mismo*. En el *ser* del ente acontece el anonadar de la nada.

(Heidegger, 1997: 33)

Si la nada adviene con el ser, no es porque tenga su origen en éste, tampoco se presenta como su antagonista; antes bien, viene a revelarnos, no el ente en sí con sus características, defectos, etcétera, sino el ente que *es: el ser del ente*. De ésta y no de otra forma el quehacer metafísico se completa, preguntar por la nada es devolver su sentido a la existencia humana, que no es otra cosa sino un interrogar, un perderse recuperándose.

CONCLUSIONES

Cuando Heidegger lanza la pregunta por la nada, lejos de temer caer en un sinsentido o de no encontrar respuestas concretas para algo que no puede ser, nos proclama: *¿por qué hay ente y no más bien nada?*

Fijar la vista en el ente no es negativo, lo perjudicial es dejar determinar nuestra existencia por un conocimiento de la afirmación sin reparar en aquello que lo posibilita. Decir que “el ser es el ser del ente” significa: el ente es y está, no se trata de especulaciones pueriles.

Ahora bien, si la angustia nos permite el acceso, ello no significa una existencia encadenada a la intemperie, al despojo. Si bien la angustia y la pregunta por el ser-nada —si se permite expresarlo así— son necesarias para la existencia misma, lo hemos dicho ya, ése también es un modo de la misma.

Finalmente, algo más salta a nuestra vista: para hablar de la nada es preciso un nuevo lenguaje, pero, ¿qué clase de lenguaje? El lenguaje convencional comunica, construye hechos, enjuicia, quiere exactitud, verdades. No en contra pero sí como posibilidad, nace la poesía y crea horizontes, innova vidas, hace brotar esa incansable búsqueda de sentido; en el poema se desnuda el mundo y yo con él. Un poema no raya en la locuacidad, está vivo. Cada lector lo recrea: se funde en él o lo desprecia, en cambio, un crítico lo desmenuza, lo pervierte. Los dos contextos histórico-sociales, el del poeta y el mío, no se funden, más bien confabulan para *mostrarse, mostrarme*. Ahora podemos responder a la pregunta *¿y para qué poetas en tiempos de penuria?* Para la penuria misma, porque ésta es ya un estado de presentación del Ser, porque la penuria es interpretación, estado afectivo que capacita al hombre para el advenimiento del Ser, porque la penuria es deseo angustioso, rezo descomunal; porque la penuria ciertamente es sombra, pero, ¿qué sombra no se produce por acción de la luz? LC

BIBLIOGRAFÍA

Heidegger, Martin (1997), *¿Qué es Metafísica?* (Manuel Velázquez Mejía, compilador), México, UAEM.

____ (1998), “¿Y para qué poetas?”, en *Caminos de bosque*, Madrid, Alianza.

Huidobro, Vicente (2003), *Altazor / Temblor de cielo*, Madrid, Cátedra.